igualdad real. Su corta vista apenas penetrará hasta el cercano futuro del bienestar común. Pero ¿qué pueden hacer unos pocos miles de descontentos contra una masa de hombres, todos felices y sorprendidos de haber buscado durante tanto tiempo una felicidad que tenían al alcance de su mano?

El día siguiente a esta verdadera revolución dirán con asombro: ¡Cómo ¿podría conseguirse el bienestar común a cambio de tan poco? No necesitábamos más que quererlo. ¿Porqué no lo hemos querido antes? ¿Porqué fue necesario que nos lo dijeran tantas veces? Sí, indudablemente con un hombre más rico en la tierra, más poderoso que sus vecinos, que sus iguales, el equilibrio se rompe, el crimen y la miseria aparecen en el mundo. ¡Pueblo de Francia! ¿Qué señales os servirán en adelante para reconocer la excelencia de una constitución?: Aquella que descanse enteramente sobre una igualdad de hecho es la única que os beneficiará y satisfará todos vuestros deseos.

Las aristocráticas promulgaciones de 1791 a 1795 solo han remachado vuestras cadenas en vez de soltarlas. La de 1793 fue indudablemente un gran paso dado hacia la igualdad real, y nunca antes había estado ésta tan cerca; y sin embargo no consumó la aspiración y no alcanzó el bienestar común, cuyo gran principio, no obstante, consagraba solemnemente.

¡Pueblo de Francia! ¡Abrid vuestros ojos y vuestros corazones a la plenitud de la felicidad. Reconoced y proclamad con nosotros la República de los Iguales.

Tema E: La dictadura militar.

N a p o l e ó n B o n a p a r t e (1769-1821)*

Cuando, en el mes de marzo de 1796, el joven General Buonaparte es destinado a mandar el Ejército francés que opera en el frente italiano, un Jefe de Batallón, Suchet, que más tarde será Mariscal del Imperio, contesta sin recato a quien le pregunta por el nuevo jefe: "Es sólo un intrigante".

Por lo menos, una cosa era cierta: aquel General en Jefe de veintiséis años, sin una hoja brillante de servicios de campaña, era casi un desconocido, un hombre que podía parecer aupado más por la espuma de la política que por los méritos contraídos en el Ejército. Y, sin embargo, muy pronto, en aquella inmediata campaña de Italia, el talento militar de Napoleón se iba a revelar deslumbradoramente, a la vez que se pondrían de manifiesto sus dotes excepcionales de político. Aquel año, a la cabeza del Ejército de operaciones en Italia, un hombre de esos que ponen jalones al tiempo hacía irrupción en la Historia.

Napoleón había nacido en Ajaccio (Córcega) el 15 de agosto de 1769, y hacía el número cuatro de los hijos de Carlos Buonaparte y Leticia Ramolino. Pero dos de sus hermanos mayores habían muerto prematuramente; el mayor de los sobrevivientes era José. Luego, la prole Buonaparte fué en aumento: Luciano, Elisa, Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo. Todos ellos habían de verse envueltos, de una u de otra manera, en el resplandor de la estrella de su hermano. Para ellos hubo un día cargos, honores y reinos.

Cuando Napoleón nació, los corsos oponían la última resistencia armada a la reciente ocupación francesa. Pero la batalla

---

* Esta introducción se ha reproducido del libro de Forjadores del Mundo Contemporáneo. dirigido por Florentino Pérez-Embid Tomo I. Barcelona: Editorial Planeta. 1959. D. R. Copyright (c) 1959 by Editorial Planeta, Reproducción hecha con permiso de los editores. Ppa. 243-252.

de Ponte Novo, en mayo de 1769, aniquilaba las esperanzas. La familia Buonaparte, aunque de origen toscano, sentía el orgullo de su patria corsa. El padre de Napoleón, ayudante de campo de Paoli, el caudillo de la independencia, luchó valerosamente en el campo de batalla y en la guerrilla. Pero, al fin, hubo de resignarse ante lo inevitable y entró en relaciones con las nuevas autoridades francesas.

Carlos Buonaparte, de linaje distinguido, no estaba sobrado de fortuna: unas viñas, unos plantíos de morera, unas pocas tierras de labor: ése era su corto patrimonio; las rentas apenas daban para sostener a tantos hijos y educarlos. Pero las autoridades francesas, deseosas de atraer a los nuevos súbditos de la isla, concedían ayudas y becas a las familias notables: dos de tales becas fueron adjudicadas a José y a Napoleón Buonaparte.

Y así es como los dos hermanos, a finales del año 1778, llegaron al Colegio de Autun, como pensionados de S. M. Luis XVI, rey de Francia. Unos meses después Napoleón pasará a la Escuela Militar de Brienne, donde había de permanecer cinco años. Años duros para el muchachito corso, flaco de canes y de aspecto débil, bajo de estatura (de adulto llegó a medir 1,65 m.), alejado de la familia y de la patria, sin nadie que le hable en su lengua; no le faltan privaciones, porque su bolsa anda muy escasa; objeto de las rechiflas crueles de sus infantiles compañeros, más ricos, más seguros del mundo que los rodea.

El chicuelo Napoleón soporta mal las bromas, que se le antojan humillaciones. Escribe a su padre cartas que ponen un sello de maduro dramatismo en aquella alma infantil; no quiere continuar exhibiendo su pobreza ante unos compañeros insolentes, cuya única superioridad consiste en la mayor fortuna de sus familias. Pero es preciso que continúe. En Brienne se forja un muchacho que se entrega con aplicación al estudio; reconcentrado y, por lo tanto, silencioso; huraño, casi intratable, porque se adapta mal al medio ambiente. Nada dócil, tiene en cambio temple para aguantar los castigos consiguientes. Uno de sus profesores dirá allí: "Este muchacho es de granito, pero lleva un volcán dentro". Exacta descripción.

Así, hasta que el 22 de octubre de 1784 el caballero cadete de la Escuela de Brienne pasa a la Escuela Militar de París. Se trata de un alumno aventajado en matemáticas y se le destina por ello al arma de artillería. Muere entonces su padre, en febrero de 1785, y la desgracia hace de Napoleón un hombre precozmente maduro: en verdad es él quien siente la responsabilidad de hermano mayor, porque el primogénito José, muchacho de flojas energías, no cuenta. Napoleón comprende la necesidad de hacer carrera de prisa, para aliviar a su madre de la carga de tantos hijos pequeños y sacarlos adelante. En un solo curso consigue aprobar los exámenes, aunque sin calificaciones destacadas, y, en septiembre de 1785 obtiene el grado de teniente. Cuando sale de la Escuela de París, se anota de él: "ambicioso y aspira a todo".

El primer destino de aquel oficial de dieciséis años le lleva a Valence. En todos aquellos años de adolescencia no deja de pensar en su querida Córcega, la patria oprimida por los franceses. En todo aquel tiempo sueña sin cesar en la liberación de la isla, aspiración suprema que se le antoja posible algún día no lejano. Como apenas alterna en la vida de sociedad, demasiado cara para quien se ve obligado a comer caliente una sola vez al día, en los ratos libres que le deja la vida de guarnición lee. Es un lector infatigable. Sus preferencias: las ciencias, la Historia, la Geografía, el arte militar. Lee y estudia en los libros, toma notas, reflexiona, aprende. No deben sorprendernos luego sus conocimientos para la guerra o el gobierno: es un talento cultivado por el estudio.

Por fin, septiembre de 1786: su primer permiso. Ya se sabe adónde irá: a Córcega, donde, con pretextos diversos, consigue prolongar la estancia durante veinte meses. Allí alimenta las ansias de libertad de sus paisanos y se da plena cuenta de las estrecheces económicas que atraviesa su madre, aquella sobria, enérgica, valiente viuda aún joven, la señora Leticia, a cuya herencia filogenética deberá tantos rasgos el futuro emperador de los franceses.

Después de una ausencia tan prolongada, es preciso volver al Regimiento de La Fére, en el que sirve: ahora de guarnición en Auxonne, en Borgoña, en donde le sorprende el estallido de la Revolución francesa. Comprende en seguida que este acontecimiento tiene dimensiones universales y cree posible, gracias al mismo, la libertad de su patria corsa. Así hace otros dos viajes a la isla, con la esperanza de contribuir a que sacuda el yugo francés; conspira, se mezcla en la política isleña, vive una paradoja, una de las muchas contradicciones que se harán presentes en la vida de aquel hombre: quiere la libertad de Córcega y milita en las filas de la Revolución que incorporará definitivamente su tierra natal como provincia francesa.

En mayo de 1792 se halla de nuevo en París, donde asiste como espectador a las grandes jornadas revolucionarias de aquel año: la invasión de las Tullerías, las matanzas de septiembre, la caída de la Monarquía. Además, aquel año ha empezado la guerra exterior. Pero Napoleón no tiene los hijos puestos en Valmy, sino en Córcega. Una vez más viaja a la isla. Sin embargo, su posición allí se hace embarazosa: Luciano, su hermano, que pertenece al club jacobino de Marsella, ha denunciado a Paoli como traidor a Francia; Paoli y los patriotas odiarán en adelante a los Buonaparte, de cuyo patriotismo se sospecha.

La intervención en las intrigas de la política corsa termina, pues, para Napoleón, en un fracaso estrepitoso: el libertador frustrado aparece como un traidor. Acosados por todas partes, Napoleón, su madre y sus hermanos menores, tienen que abandonar la isla y refugiarse en Francia. Con rabia y con dolor deberá Napoleón renunciar a ser el héroe de Córcega. Al renunciar a Córcega, el isleño Buonaparte se sentía, por vez primera, ligado a Francia.

Mientras la señora Leticia y los hijos que están a su cuidado viven en Marsella, como refugiados, pasando dificultades y penurias que sólo la habilidad de la madre consigue hacer soportables, el primogénito José casa con María-Julia Clary, la hija de un comerciante marsellés, que le asegura cierta posición desahogada; y Napoleón, que se ocupa en oscuros menesteres militares, tiene algunos amores con la hermana de su cuñada, Desirée, que luego será la mujer de Bernadotte.

Pero la hora de salir de la anonimia se aproximaba. En 1793, un amigo corso, Salicetti, comisario jacobino influyente, le ha hecho nombrar segundo Jefe de Artillería en el Ejército republicano que pone sitio a Tolón, la primera base naval francesa del Mediterráneo, ciudad realista que alza la bandera monárquica contra el Gobierno de la Convención, apoyada por las escuadras española e inglesa. El asedio se prolonga, por que la plaza parece inexpugnable; varios jefes han fracasado cuando el joven artillero expone su plan: para conquistar la ciudad hay que dominar la rada, para dominar la rada hay que conquistar la cota de la Eguillette. Así se hizo y la ciudad fué sometida. Por vez primera el nombre de Buonaparte sonaba en los partes de guerra; se le asciende a General de Brigada y, poco después, en marzo de 1794, recibe el mando de la Artillería en el Ejército de Italia.

Pero su carrera, apenas iniciada, amenaza cortarse bruscamente. El golpe de Estado de Thermidor ha derribado a Robespierre, con cuyo hermano Agustín había trabado Napoleón relaciones amistosas. Ahora es un sospechoso. Se le separa del Ejército de Italia, se niega a aceptar un destino entre las tropas que combaten en la Vendée y es dado de baja en el Ejército.

Pasa momentos difíciles hasta que consigue rehabilitarse. Una ocasión inesperada endereza su camino: el equilibrio de los thermidorianos, entre la derecha y la izquierda, no se sostenía mas que a costa de golpes de fuerza, unas veces contra la presión de la izquierda jacobina, otras contra la derecha monarquizante. En una de tales circunstancias apuradas para los thermidorianos, el 13 Vendimiario, encontrará Napoleón su oportunidad.

La reacción derechista amenazaba por aquellos días desbordar el Gobierno. El 12 Vendimiario (4 de octubre de 1795) las secciones de París están en rebeldía y parece inminente el desplome de la Asamblea y del Gobierno. Este confía el mando militar a Barras, que conoce las dotes de mando de Napoleón y le pone a su lado. En efecto, Napoleón decide a favor del Gobierno la lucha callejera del 13 Vendimiario. Tendrá un premio: se le nombra General en Jefe del Ejército del Interior. Se le conocerá por el apodo de "General Vendimiario".

Entonces entabla relación con una criolla de Martinica, algunos años mayor que él, Josefina la Pagerie, viuda de Beauharnais, mujer de gran atractivo y desenvoltura; se enamora y se casa con ella el 9 de marzo de 1796, pocos días antes de que Barras, que es uno de los miembros del Directorio que gobierna en Francia, le haga ponerse al frente del Ejército de Italia.

El nuevo Jefe del Ejército de Italia era eso, el "General Vendimiario", poco más que un intrigante. Muy pronto será el ídolo de los soldados, el general invencible, el hábil organizador de una Italia nueva, el diplomático que regala a Francia la paz además de la victoria. Y todo esto por su propio esfuerzo, por su personal iniciativa, sin contar con el Gobierno. Así es como se convierte en el hombre indispensable y a la vez temible para el Directorio.

El cargo que se le encomendaba al frente del Ejército de Italia era comprometido: un ejército desmoralizado, sin vestidos, sin alimentos, sin municiones, sin pagas. Napoleón, que por